Breve historia de las Cruzadas

Breve historia de las Cruzadas

Juan Ignacio Cuesta

Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve historia de las cruzadas
Autor: ©Juan Igancio Cuesta

Copyright de la presente edición: © 2009 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Carlos Peydró
Maquetación: Juan Ignacio Cuesta

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763-819-7
Primera de re-edición: Mayo 2008

Printed in Spain
Imprime: Imprenta Fareso S.A.
Depósito legal:

Bienaventurados los mansos,
porque ellos heredarán la Tierra.

JESÚS DE NAZARET

Una cosa sabemos, su Dios
es nuestro Dios.

NOAH SEATTLE,
JEFE DE LA TRIBU DE LOS SUQUAMISH

ÍNDICE

Prólogo de *Juan Antonio Cebrián*:
LAS CRUZADAS, LA GRAN EMPRESA BÉLICA DE LA CRISTIANDAD **11**

Introducción 15

PRIMERA PARTE: ANTECEDENTES **18-19**
El Apocalipsis y las Cruzadas 20
Los turcos invaden Tierra Santa 24
El *basileus* Alejo Comneno, emperador de Bizancio 27

SEGUNDA PARTE: LAS ÓRDENES MILITARES **32-33**
La Orden de San Juan de Jerusalén 36
La Orden del Santo Sepulcro 39
Los Caballeros Teutónicos 41
Los Lazaristas 45
Los «Pobres Caballeros de Cristo» 48
Comienza el misterio *51*
El Arca de la Alianza *58*
Las actividades visibles y los saberes ocultos *65*
Simbolismo templario *75*
El fin de la orden *80*
El Processus *84*
Los cargos contra el Temple *86*
Sic transit gloria mundi *90*

TERCERA PARTE: LAS CRUZADAS **94-95**

La Primera Cruzada (1095-1099) **97**
Primer acto: La vehemencia de Pedro *el Ermitaño* 97
Segundo acto: Asedios y conquistas 100
Epílogo: El primer rey cristiano de Jerusalén 108

La Segunda Cruzada (1147-1149) **117**
Los turcos recuperan Edesa 117
La historia se repite 122
Crónica de un fracaso 129

La Tercera Cruzada (1189-1192) **135**
Las Cortes del Amor 135
La campaña de Egipto (1163-1169) 139
Asesinos y templarios 145
El león pacta con el zorro 151
La muerte de un gigante 157
Un templario disfrazado 159

La Cuarta Cruzada (1199-1204) **161**
Historia de un saqueo y un fracaso 161
La persecución de los «hombres buenos» 167
Un misterio ambiguo 178
El grial de Valencia 185

La Quinta Cruzada (1217-1221) **193**
La furia del cardenal 193
San Francisco ante el sultán 196

La Sexta Cruzada (1228-1243) **199**
Federico II Hohenstaufen, el amigo de los musulmanes 199

La Séptima Cruzada (1248-1254) **205**
El error de San Luis, rey de Francia 205
Ascenso y caída del imperio mogol en Tierra Santa 211

La Octava Cruzada (1270) **219**
La muerte de San Luis 219

Después de las Cruzadas **225**

Conclusiones **229**

ANEXOS **239**

BIBLIOGRAFÍA **251**

La Tercera Cruzada

(1189-1192)

Las *Cortes del Amor*

Leonor (Aliénor, Alinor o Eleonor) de Aquitania fue una mujer fascinante, inteligente, pero también intrigante. Fue la principal impulsora de la cultura de su tiempo.

Nació en el año 1122, y a los 15 años (1137) heredó de su padre el ducado, convirtiéndose en una de las damas más ricas de Europa. Contrajo su primer matrimonio con el rey franco Luis VII que, como ya sabemos, fue derrotado en la Segunda Cruzada. Leonor acompañó a su marido en 1146 llevando tras de sí, en contra de una bula papal, un sinnúmero de trovadores. Ya conocimos su estancia en Antioquía, gobernada por su tío Raimundo. Allí, a pesar de la llegada de los cruzados, reinaba un ambiente exótico y pacífico en el que convivían musulmanes, cristianos y griegos. Tuvo la oportunidad de conocer a místicos sufíes, quienes utilizaron a aquella mujer, considerada por algunos inconsciente, frívola y adúltera, para introducir una serie de conceptos que a partir de entonces

En la corte de Raimundo de Antioquía se vivía con el refinamiento propio de los orientales. Esto fascinó a la reina Leonor de Aquitania, que quiso quedarse allí en contra de los deseos de su marido.
***Amantes abrazados*. Museo Victoria y Alberto, Londres.**

influirían en la lírica trovadoresca difundida ampliamente por Europa durante los siglos XII y XIII hasta su misteriosa desaparición en el XIV, junto con otros muchos conocimientos acumulados durante siglos.

La ausencia de un heredero, además de los celos de su marido al poner resistencia a abandonar la región, fueron causa de que el rey la obligara a volver a Francia por la fuerza. El matrimonio fue anulado en el año 1152 pretextando un supuesto parentesco lejano.

No tardó mucho tiempo en casarse con Enrique, hijo de Geoffrey de Plantagenet, conde de Anjou, rey de Inglaterra desde el año 1154. Se instalaron en Angers, y allí reunió de nuevo a muchos trovadores. Su insistencia en

1170 para que cediera Gascuña, Aquitania y Poitou a su hijo Ricardo, la rebelión de éste y sus hermanos en 1173, y su apoyo decidido, la llevaron a ser recluida en 1185. Fue la impulsora de lo que en Poitiers se llamó la *Universidad del Amor.* Allí acudieron caballeros, nobles y reyes, acompañados muchas veces de sus esposas, para ser instruidos en el ejercicio de la poesía trovadoresca que luego difundieron en sus cortes. Para mostrar aprovechamiento se sometían a una especie de examen o juicio de los 31 preceptos que Andreas Capellanus había compilado en el conocido como *Ars Honeste Amandi* (*El Código del Amor*). Fue regente entre 1189 y 1194, oponiéndose a los deseos de su otro hijo, Juan Sin Tierra, quien en 1193 intentó usupar el trono de su hermano.

Leonor de Aquitania. Madre de la cultura europea. Fue impulsora y protectora del movimiento trovador, en cuyo seno hubo varios templarios.

A los 82 años (1204) murió en la abadía de Fontevraud. Allí está enterrada con su segundo esposo Enrique, su hijo Ricardo Corazón de León e Isabel de Angulema (ver página 123).

Pues bien, esta mujer que había participado y sido una de las causas del gran desastre de Damasco es la madre del principal protagonista cristiano de la *Tercera Cruzada*. Su antagonista fue uno de los gobernantes más importantes y prestigiosos del mundo musulmán: Salah al-Din Yusuf, o lo que es lo mismo, el *Gran Saladino* (antes de adoptar este nombre se hacía llamar Yusuf). Su historia es realmente notable, partiendo prácticamente de la nada para llegar a a ser uno de los hombres más poderosos de la Baja Edad Media.

Damasco en una ilustración medieval, donde los cruzados fueron derrotados por los errores estratégicos inducidos por Leonor de Aquitania.

La campaña de Egipto (1163-1169)

Para poder entender por qué este hombre llegó tan alto, es conveniente analizar las circunstancias por las que pasaba Oriente Medio en aquel momento. Gobernaba entonces en Egipto Shawar, un visir intrigante capaz de cambiar de bando con extrema facilidad, y en Jerusalén Amalric, más conocido como «Morri», hijo de Foulques, empeñado en derrocar a su vecino y ocupar sus tierras. Además, aparece en la escena un personaje importante, Shirkuh el León, un general kurdo, dotado de una especial inteligencia para la estrategia militar. En el año 1153, los cristianos se habían apoderado de Ascalón, puerta del país de las pirámides.

Los occidentales recibían en este momento tributos por parte de los visires, que preferían pagar a estar en guerra continuamente. Shawar cayó víctima de las conspiraciones internas. Entonces, el rey franco se dispuso a invadir Egipto por primera vez (lo haría en varias ocasiones) asediando la ciudad de Bilbays. La rodeaba un río que bañaba sus murallas y que en esta época del año estaba seco. De repente empezaron las lluvias, y todo el aparato militar fue arrasado por una inundación que provocaron los musulmanes, que abrieron de repente los diques río arriba.

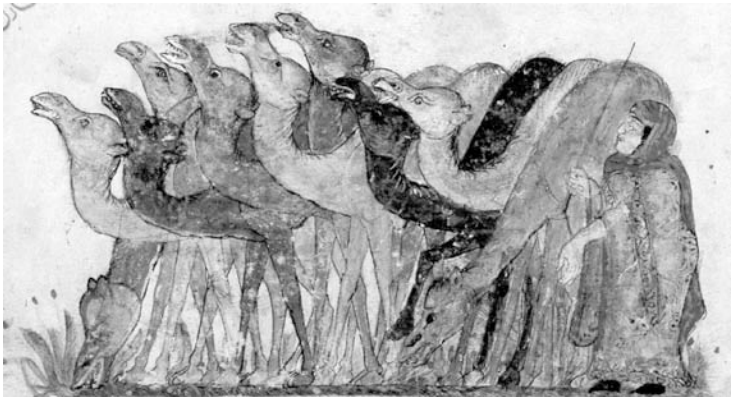
Nur al-Din prefirió no intervenir para no verse contaminado por los ambiciosos e intrigantes dirigentes de El Cairo, que por otra parte eran chiítas, mientras que él era sunní. Pero tampoco le tranquilizaba el hecho de que los caballeros occidentales se apoderaran de Egipto. Tenían gran poder económico, y sus enemigos se convertirían en una potencia imbatible. Shawar, que había huido a Damasco, trató de convencerle para recuperar el gobierno de la capital del Nilo.

Además, el hombre de confianza de Nur al-Din, Shirkuh, un general belicoso y pendenciero que era tío de Saladino, también era partidario de recuperar la ciudad de El Cairo.

Los cuerpos expedicionarios se desplazaron por distintos caminos. Mientras que los *frany* de Amalric no tenían más obstáculo que atravesar la región desértica del Sinaí, dificultad que paliaron abasteciéndose con grandes cargas de agua a lomos de camellos, Sirkuh tuvo que venir desde Siria a través de tierras hostiles. Sin embargo mostraría su genio estratégico con una estratagema inteligente. Nur al-Din simuló hostilidades para llamar la atención de los francos que, engañados, marcharon hacia el norte. Con Shawar y cerca de dos mil jinetes, se dirigió al río Jordán y luego descendió hasta el Mar Muerto. Desde allí cruzó hasta llegar al Sinaí sin ser molestado. Bilbays cayó el 24 de abril de 1164. Seis días después, las tropas musulmanas contemplaron las pirámides desde su campamento. El francés había perdido su oportunidad.

Shawar, viéndose de nuevo en su antiguo puesto, se olvidó de las promesas hechas a Nur al-Din de encargarle el control de la región, y trató de pactar con los *frany* para que echaran a Shirkuh con todas sus tropas. Ante la llegada de las tropas occidentales, el kurdo optó por volver a Bilbays, donde rechazó todas las escaramuzas que lanzaron en su contra.

Sin embargo, Nur al-Din reaccionó a tiempo, según nos relata Mohammad Ibn al-Atir (1150-1210): «*... decidió lanzar una gran ofrensiva contra los frany para obligarles a salir de Egipto. Escribió a todos los emires musulmanes para pedirles que participaran en la Yihad y fue a atacar a Harim, junto a Antioquía. Los frany se reunieron bajo la dirección de Bohemundo y el conde*



***Camellos*. Arte musulmán medieval. Biblioteca Nacional. París.**

de Trípoli. En la batalla murieron diez mil de ellos y fueron capturados sus jefes.»

Diversos trofeos de guerra capturados, entre ellos las cabelleras rubias de algunos combatientes cristianos, fueron enviados a Shirkuh, para mostrarle que habían derrotado a sus enemigos y que no tenía ya motivos para inquietarse. Poco después, «Morri» y Shirkuh volvieron a sus reinos respectivos. Shawar había logrado su propósito. Sin embargo, las alianzas traidoras volvieron a darse. De nuevo el egipcio pidió ayuda a Amalric, con gran disgusto de Nur al-Din, que encargó de nuevo a su general de confianza la defensa de sus intereses. Era la primera vez que Yusuf (Saladino), su hijo, participaba en una expedición.

De nuevo brilló el genio del kurdo, que hizo una maniobra de distracción sorprendente para los francos y los egipcios. Tras diversas peripecias y escaramuzas, por fin Shirkuh venció a sus enemigos cerca de El-Babein, en la orilla oeste del Nilo, en el día 18 de marzo de 1167. Sa-

ladino tenía el mando de la tropa que caminaba por el centro. Una vez atacaron, el árabe fingió retroceder y fue perseguido por unos ingenuos enemigos que cayeron en la trampa que les había puesto. Los francos fueron derrotados, aunque Amalric logró salvarse. Las huestes de Sirkuh fueron aclamadas en Alejandría como libertadoras.

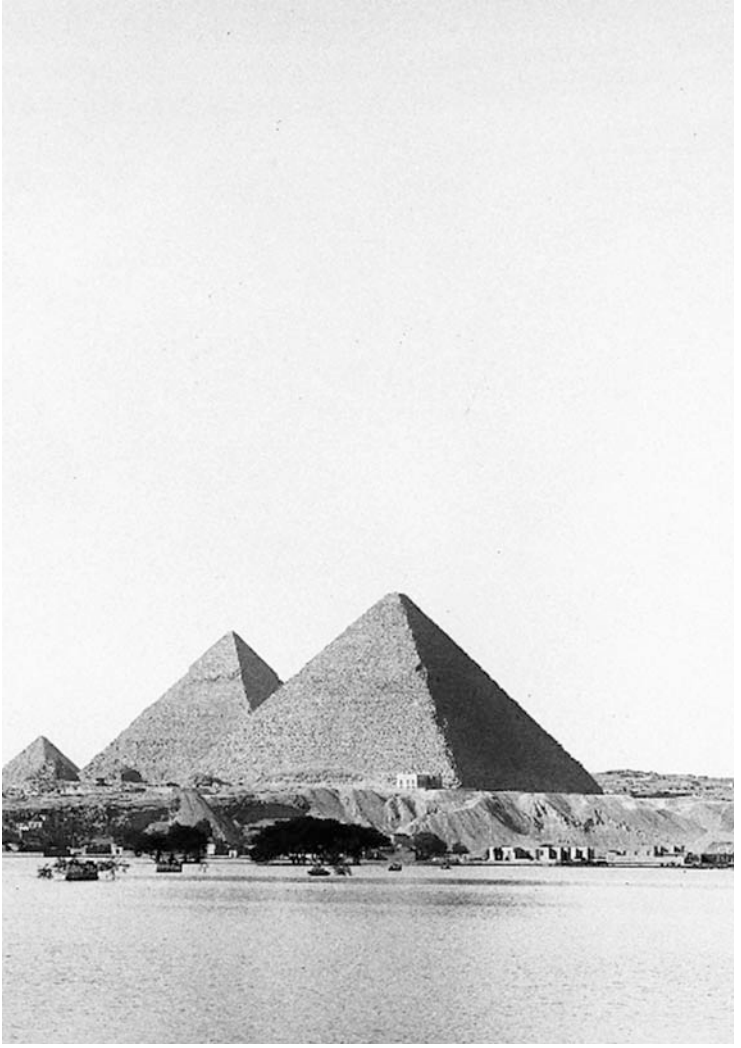
Tras diversos escarceos entre los ejércitos musulmanes y cristianos, en agosto del año 1167, las tropas de Saladino volvieron a sus países. El rey santo de Damasco recuperó así la mayor parte de sus tropas, una circunstancia satisfactoria. No le agradaba embarcarse en aventuras que podían tener resultados inciertos.

Sin embargo, la paz duraría poco puesto que al año siguiente algunos hombres de confianza, que habían quedado en El Cairo para vigilar el cumplimiento de los acuerdos con Shawar, empezaron a sospechar que la animadversión de sus habitantes les ponía en peligro. Pidieron ayuda a Amalric que, tras dudar embarcarse en otra campaña, reunió un nuevo ejército y se lanzó contra Bilbays con una violencia estúpida, gratuita y devastadora.

Así sucedió, los habitantes de El Cairo, que su hubieran rendido sin dificultad, viendo tal desproporción, deciden defenderse con uñas y dientes. Lo primero que hicieron fue incendiar la ciudad, que estuvo ardiendo durante casi cuarenta días.

Viendo tal determinación, «Morri» regresó a Jerusalén antes de que Nur al-Din volviera a enviar de nuevo a Shirkuh que, efecivamente, llegó a la capital del Nilo el 8 de enero del año 1169 junto a Saladino.

Shawar se alegró, pero había caído en desgracia porque nadie se fiaba ya de él; todos le consideraban un traidor. Fue el mismo Yusuf quien le ajustició en persona, de



Las tres grandes pirámides vistas desde el río Nilo en una foto de principios del siglo XX.

acuerdo con el califa. El hábil general kurdo fue nombrado de nuevo visir de Egipto, pero duró poco en el cargo porque dos meses después murió tras una fuerte indigestión. Saladino fue entonces nombrado «rey victorioso».

A partir de este momento, su prestigio aumentó día a día. Era capaz de librarse de todos cuantos ambicionan su poder y se entronizó como soberano absoluto de aquel gran país. Tanto que el mismo Amalric trató de firmar una alianza con él en contra de Nur al-Din. Pero Saladino no se enfrentaría nunca con su superior. Los siguientes años fueron testigos de los intentos del califa por frenar su ascenso, hasta que llegó la muerte del primero, el 15 de mayo del 1174 y, sin haberlo buscado expresamente, Salah al-Din se convirtió en el principal dirigente de todo el mundo árabe musulmán, no sin suscitar envidias y recelos en quienes le consideraban un arribista que había traicionado a su señor. En realidad, lo que había provocado es que todos tuvieran envidia de las circunstancias tan favorables que le habían situado en el lugar que ahora ocupaba.

Yusuf no quiso ser más que un tranquilo emir más, pero precisamente su discrección y empeño en permanecer

El gran Saladino.